

LA INSATISFACCIÓN COMO NECESIDAD

¿Sería posible que la mayoría de la población fuera feliz, equilibrada y en consecuencia satisfecha consigo misma y con los demás? La respuesta es no. El hecho de que usted cada mañana vea a su alrededor cientos de personas con rostros deprimidos, por ejemplo, porque deben ir a un trabajo que no les gusta, incluso vea su propia cara deprimida por ésta u otra razón frente al espejo, no es casualidad ni un hecho que no guarde relación con este modelo social; es lo que se podría llamar “socialmente necesario”. La insatisfacción constante pudiera ser como postulan los liberales un acicate que active la economía lo que habría que analizar con lupa para ver si es cierto, pero... ¿De qué vale una economía boyante, o sea, que se cree riqueza para una sociedad de deprimidos e infelices gracias a la insatisfacción? Hasta el mismo Adam Smith, fundador del liberalismo moderno, reconocía que la riqueza nada es si no está relacionada con la felicidad, mas la insatisfacción podía llevar a ella pues creía que movía a los individuos a progresar y por extensión a la sociedad; creaba una sociedad más rica y por ello más feliz. Pero la insatisfacción no necesariamente lleva siempre a intentar mejorarte a ti mismo y a la sociedad, y en todo caso a lo que siempre lleva es a la ansiedad y a la dependencia de un hábito, que pudiera ser un vicio, que sirva como calmante. ¿Existe alguna duda de que la insatisfacción constantemente fomentada lleva a la depresión, a la violencia y a la infelicidad? Para los teóricos posmodernos neoliberales, actuales defensores del modelo social con el siempre demasiado manido discurso de lo menos malo, sí. Para ellos, la felicidad, la satisfacción y el equilibrio, simplemente no existen; son conceptos relativos sin especial importancia, y si existen no guardan relación unos con otros. Pero saben muy bien que si la insatisfacción, la infelicidad y el desequilibrio no fueran mayoritarios tampoco lo sería el consumo que basa su funcionamiento sobre la premisa de *compra desafortadamente para usar y tirar* ya de por sí suficientemente desequilibrado. Tampoco la sociedad llamada “del ocio” inventaría una y otra vez distracciones que sólo consiguen divertir momentáneamente, ni los libros de autoayuda serían *Best Seller* (libros que en el fondo de una u otra forma nos tratan de convencer de que “tu problema” es personal, nunca social), de igual forma que las modas cada vez más estúpidas y efímeras no tendrían tanto éxito. Incluso, elementos considerados normales por esta sociedad democrática (es decir, *del poder de la manipulación de la mayoría* que es como entien-

Si la insatisfacción, la infelicidad y el desequilibrio no fueran mayoritarios tampoco lo sería el consumo que basa su funcionamiento sobre la premisa de compra desafortadamente para usar y tirar ya de por sí suficientemente desequilibrado.

den la democracia en la actualidad los que aspiran a detentar poder político) como por ejemplo la utilización de esa insatisfacción para obtener beneficios políticos no sería tan efectiva; las promesas electorales si la mayoría de la población estuviera satisfecha con quien es y con lo que tiene no tendrían ninguna posibilidad de éxito sobre todo cuando todos sabemos lo poco que encima se cumplen. En este caso lo *socialmente necesario* para que éste *Statu Quo* se mantenga no deja por ello de tener costes sociales claramente nefastos; la economía puede funcionar muy bien gracias a la insatisfacción aunque incluso eso no deje de ser cuestionable, pero en cambio no funciona tan bien en otros aspectos más importantes. Japón, que es uno de los países de economía más poderosa y de renta per cápita más alta, también posee el triste récord internacional de número de suicidios, o los EE.UU siendo, como todos sabemos, uno de los países más poderosos del planeta, sufre un nivel de violencia tal, que ha vuelto muy complicado, por no decir mortal, algo tan necesario e importante socialmente como la educación. Y éstos son sólo algunos po-

cos ejemplos de que si la economía funciona y no la satisfacción real y no aparente (las satisfacciones aparentes como por ejemplo los divertimentos varios y efímeros como productos materiales e inmateriales de ocio no son más que nuevos motivos de insatisfacciones cuando se agotan a veces muy rápidamente) no es nada deseable para una sociedad. La tesis aristotélica de que la sociedad y el hombre social (zoon politicón) deben de aspirar a la felicidad se vuelve todo lo contrario; la sociedad trabaja para su infelicidad, crea riqueza para su infelicidad, e incluso cuanto más riqueza crea es más infeliz en la medida de que nunca queda satisfecha con lo que tiene. El que no tiene aspira a tener, lo cual es más tristemente clásico, pero lo curioso y novedoso del consumismo es que nadie queda satisfecho con lo que tiene, por mucho que tenga. Es algo así como el burro y la zanahoria que nunca alcanza pues se mueve con él.

Violencia, desequilibrios físicos y mentales e insatisfacciones socialmente construidas están enlazadas, pero aparecen como cosas distanciadas no sólo en sus significados sino en sus efectos; la obesidad o la anorexia, la violencia de género u otras, y la depresión y ansiedad aparecen como desligadas unas de otras y puros fenómenos personales porque se supone que todos podemos elegir lo que queremos y no queremos. Esta visión es el resultado de un modelo social que fragmenta lo más que puede la realidad con el ánimo de convertirlo todo en cosa, incluidas a las personas. Cosas con precio también de usar y tirar.

§

